

Cuarto Domingo de Adviento-A

Is 7,10–14; Rom 1,1–7; Mt 1,18–24

Dios se revela a través de relaciones de fidelidad

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, durante una fuerte tormenta de invierno en Europa, un pequeño pueblo estuvo sin electricidad durante tres días. Las calles estaban oscuras y el miedo llenaba el aire. Sin embargo, una casa en la colina brillaba suavemente con la luz de las velas. Cuando más tarde se les preguntó por qué parecían tan tranquilos, la familia respondió: “Estábamos preparados. Teníamos velas listas... y la esperanza encendida en nuestros corazones”.

Queridos hermanos y hermanas, hoy, en este Cuarto Domingo de Adviento, las cuatro velas de nuestra corona están encendidas.

Nos recuerdan que, cuando el mundo parece oscuro e incierto, la luz de Dios nunca se apaga.

Esta última vela arde por aquellos que se atreven a esperar cuando otros han dejado de creer—por aquellos

como José, que permanecen fieles incluso cuando la vida no sigue sus planes.

El Evangelio de hoy nos muestra la Navidad a través de los ojos silenciosos de José: cómo un sueño lo llevó de la confusión al coraje, de la duda a la confianza.

En un mundo ruidoso e inquieto, hacemos una pausa. Nos preparamos.

Recordamos que las promesas de Dios no son vacías y que su Palabra sigue cumpliéndose entre nosotros.

Abramos nuestros corazones como lo hizo José: con valentía, confianza y silencio.

(Pausa breve para reflexión)

Homilía: “La fuerza silenciosa de San José”

Historia de apertura – El silencio del carpintero

Un sacerdote parroquial contó una vez la historia de un carpintero anciano de su pueblo: callado, fiel, nunca llegaba tarde a Misa. Cuando su esposa murió, él mismo construyó su ataúd. Lijó la madera hasta dejarla lisa, la pulió con amor y grabó una sola palabra en su interior: “Confía”.

No dijo nada en el funeral.

Pero su silencio habló más fuerte que cualquier sermón.

Ese viejo carpintero, dijo el sacerdote, le recordó a San José: el hombre que no dijo nada, pero confió en todo.

*1. José – El hombre que no dijo nada, pero confió en todo
¡Si José hubiera llevado un diario!*

¿Qué habría escrito el día que supo que María esperaba un hijo?

Tenía sus planes: un hogar sencillo, una mujer a quien amaba, una vida que podía construir en silencio.

Y entonces... Dios reescribió el guion.

El Evangelio no nos dice sus palabras, pero sí nos cuenta todo sobre sus acciones.

Se encontró en una encrucijada entre el dolor y la santidad—entre lo que tenía sentido y lo que Dios le pedía.

Imaginemos esto en nuestro mundo: un joven comprometido, trabajador, humilde. Un día su prometida le dice que está embarazada... y no como él pensaba.

¿Cómo podría creerle?

Y sin embargo, José no se enfurece. No la denuncia. No la avergüenza.

Mateo nos dice: “Siendo justo y no queriendo exponerla a vergüenza, decidió repudiarla en secreto”.

Misericordia silenciosa. Fortaleza callada. Obediencia digna.

2. La fuerza silenciosa de la misericordia

Hay una historia de una joven catequista que quedó embarazada antes del matrimonio. Los chismes se propagaron como incendio en su parroquia. La gente susurraba, juzgaba y se alejaba.

Pero un hombre mayor—callado y piadoso—dijo simplemente:

“No conocemos su historia. Oremos por ella en lugar de hablar de ella.”

Meses después, cuando la joven volvió a Misa con su bebé, aquel mismo hombre estaba a su lado, sostuvo al niño y dijo:

“Cada vida es una bendición. La misericordia de Dios renueva todas las cosas.”

El espíritu de ese hombre era como el de José.
Eligió la misericordia sobre el juicio, la protección sobre el castigo.

José nos enseña que la verdadera fortaleza no está en el control ni en la venganza, sino en la compasión que cuesta algo.

Hay un dicho de la tradición judía:

“Dime con quién andas, y te diré quién eres.”

María caminó con José, y eso lo explica todo. Ella también aprendió a proteger a otros en silencio.

¿Recuerdan Caná? No avergonzó a los anfitriones cuando se acabó el vino. Simplemente le dijo a Jesús: “No tienen vino”.

Aprendió que la misericordia no expone; restaura.

3. El sueño que lo cambió todo

Y entonces llega el momento decisivo:

José duerme... y Dios le habla.

Un ángel le dice: “No temas tomar a María como tu esposa.”

¿Por qué un sueño?

Porque José era un hombre que podía escuchar a Dios en silencio.

Muchos de nosotros perdemos la voz de Dios porque nuestra vida es demasiado ruidosa.

El Adviento es tiempo de abrir espacio para los sueños— porque Dios aún habla: quizá no a través de ángeles, sino mediante el consejo de un amigo, la pregunta de un niño, una crisis o un movimiento silencioso en la oración.

El Dr. Martin Luther King Jr. dijo una vez: “Tengo un sueño”, no “Tengo un plan”.

Los sueños son lo que Dios usa para llevarnos más allá de lo que podemos controlar.

José también tuvo un sueño... y lo siguió.

“Cuando José despertó”, dice Mateo, “hizo lo que el ángel del Señor le había mandado.”

Sin debate. Sin demora. Sin drama.

La fe no siempre consiste en entender todo.

Consiste en confiar lo suficiente para dar el siguiente paso.

4. Obediencia en las sombras

Cada vez que José obedece, le cuesta algo.

Tomar a María como esposa—la gente susurrará. Lo hace.

Huir a Egipto—dejar todo atrás. Lo hace.

Regresar y comenzar de nuevo. Lo hace.

Cada vez da un paso en la incertidumbre y encuentra a Dios esperándolo.

Una vez, un padre que perdió a su hijo en un accidente trágico le dijo a su sacerdote:

“No quería que mi dolor bloquease la voz de Dios.

Necesitaba escucharlo más que nunca.”

Ese es el espíritu de José—obediencia no por miedo, sino por amor.

Nos muestra que la santidad no está en las palabras, sino en la fidelidad silenciosa y constante—hacer lo que Dios pide aunque nadie lo vea.

5. Isaías y Pablo – El eco de la esperanza

Isaías había profetizado mucho antes:

“El Señor mismo les dará una señal: la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel.”

No un guerrero. No un rey.

Un niño.

Dios viene en la debilidad para estar cerca.

Y a través del “sí” de José, se cumple esa profecía.

San Pablo añade en la segunda lectura:

“Han sido llamados a pertenecer a Jesucristo.”

Tal vez no soñemos como José, pero compartimos su vocación—hacer presente a Jesús en el mundo.

Cada vez que perdonamos en lugar de condenar, protegemos en lugar de exponer y confiamos en lugar de controlar, continuamos la misión de José.

6. Cuando la vida no sale según lo planeado

Algunos de ustedes quizá estén viviendo una vida que nunca planearon:

- Una enfermedad inesperada,
- Una pérdida que todavía duele,
- Una carrera que cambió de dirección,
- Una situación familiar que parece injusta.

José también vivió así.

Pero la fe no consiste en controlar los resultados, sino en confiar en que incluso los desvíos forman parte del plan de

Dios.

Hay un dicho entre los carpinteros:

“La veta de la madera resiste el cincel, pero es esa resistencia la que revela su belleza.”

La vida de José fue así—el cincel del sufrimiento reveló el patrón de la gracia.

7. El sí de un padre

Un sacerdote dijo una vez de su padre:

“Mi padre nunca predicó. Nunca rezó en voz alta. Nunca dio consejos.

Pero cuando mi madre tuvo cáncer, él lavaba sus heridas cada noche.

Cuando ya no podía caminar, la llevaba a la iglesia.

Y después de que murió, se sentó en silencio en el banco y lloró.” Nunca habló de fe—la vivió.

Ese padre era José en forma moderna.

8. Por qué necesitamos a José hoy

En un mundo de ruido, José nos enseña el silencio.

En una cultura de indignación, José nos enseña la misericordia.

En tiempos de miedo, José nos enseña la confianza.

Él es la fuerza silenciosa que nuestro mundo necesita:

- Un protector que no domina,
- Un líder que escucha,
- Un hombre que obedece sin vacilar,
- Un creyente que dice “sí” incluso sin comprender todo.

Historia final – El padre que cargaba el amor

Un sacerdote vio una vez a un hombre mayor llevando a su frágil esposa a la iglesia cada domingo.

Cuando le preguntaron por qué no usaba silla de ruedas, el hombre sonrió y dijo:

“La llevé en mi corazón mucho antes de llevarla en mis brazos.”

Eso es José.

Llevó el amor en silencio.

Soportó el peso del plan de Dios con ternura y fe.

Conclusión – Dios todavía busca José

A medida que se acerca la Navidad, José se presenta ante

nosotros no como un personaje de fondo, sino como guía
para nuestro propio camino de Adviento:

- Suficientemente silencioso para escuchar la voz de Dios,
- Valiente para seguirla,
- Amoroso para proteger a otros,
- Fiel para decir sí.

No entendía todo, pero confió.

Y porque dijo sí, Dios vino al mundo.

Dios todavía busca corazones como el de José—
corazones que susurren:

“Señor, no entiendo... pero confío en Ti.”

¿Serás tú uno de ellos?

Amén.